



CHUCK  
PALAHNIUK

EL DÍA  
DEL AJUSTE

La palabra se transmite únicamente entre los elegidos de plena confianza. El misterioso libro azul de Talbott Reynolds pasa de mano en mano en la clandestinidad y una sociedad sedienta de la sangre de la élite se prepara para seguir sus instrucciones: el Día del Ajuste está aquí. Cuando llegue, los Más Odiados de América serán ejecutados y un nuevo orden se instaurará. Y los Estados Unidos se reunificarán en tres nuevos estados separados según la raza y las preferencias sexuales.

Chuck Palahniuk muestra sin tapujos la grotesca realidad que tendría lugar si las fantasías separatistas y las teorías conspirativas que alberga la psique norteamericana se llegasen a imponer. Esta deforme y macabra sátira de la sociedad estadounidense aviva, con una exageración todavía más brutal y en un presente de agitación social sin precedentes, los puñetazos que *El club de la lucha* asestó al sistema.

*Para Scott Allie  
por su determinación*

Recuerden que la democracia nunca dura mucho.  
Enseguida se agota, se extingue y se asesina a sí  
misma.

JOHN ADAM

La gente todavía habla de cierto buenazo. Un buen chaval, el típico que te encuentras en todos los grupos. El típico monaguillo, la mascota del profe, que entró en la comisaría del distrito Southeast, mirando a un lado y al otro, susurrando con una mano ahuecada delante de la boca. Ya era noche cerrada, medianoche cerrada, cuando el chaval entró con la capucha puesta, cabizbajo y llevando gafas de sol, nada menos. No era ningún Stevie Wonder. No llevaba bastón blanco ni perro. Preguntó por lo bajinis si podía hablar con el responsable. Se lo preguntó al sargento de guardia.

—Quiero denunciar un crimen que va a pasar —le susurró.

—¿Tienes documento de identidad? —le preguntó el sargento de guardia.

Gorra de béisbol con la visera calada, la capucha puesta por encima de la gorra. Con solo la nariz y la boca a la vista, aquel aguafiestas, aquel ciudadano modélico, con manchas oscuras de sudor en la espalda de la sudadera, fue y dijo:

—A usted no pienso decirle nada, ¿vale? —Negó con la cabeza—. Y en público, menos.

De forma que el sargento de guardia llamó a alguien. Pulsó teatralmente un botón, levantó el auricular del teléfono y marcó unos números sin quitarle la vista de encima al chaval de las gafas; a continuación pidió que fuera al vestíbulo un detective para tomar una declaración. Sí, una posible denuncia. El sargento miró las manos del chaval, que no se veían porque las tenía metidas en los bolsillos de delante de la sudadera, mala señal. El sargento no dejaba de asentir con la cabeza. Señaló con el mentón y dijo:

—¿Te importa poner las manos donde pueda verlas?

El chaval obedeció pero empezó a apoyarse en un pie y en el otro, como si hiciera cien años que no se acordaba de ir a mear. Miraba nerviosamente alrededor, como si esperara que desde la calle fuera a entrar alguien detrás de él.

—No puedo estar aquí, me ve todo el mundo.

El chaval tenía los brazos pegados al cuerpo, pero de cintura para abajo no paraba de moverse, como si estuviera en Riverdance o como filmando una escena de porno, de esa forma en que los actores porno dejan quieto el brazo del lado de la cámara, echado hacia atrás, paralizado, mientras embisten con las caderas, como si ese brazo estuviera intentando poner pies en polvorosa, por un comprensible sentido de la humillación.

—Vacíate los bolsillos —le dijo el sargento de guardia. Y le hizo un gesto al buenazo en dirección a un túnel detector de metales, como los de los aeropuertos.

El *boy scout* se sacó la cartera y el teléfono y los puso en la bandeja de plástico. Después de vacilar un momento largo, se quitó las gafas de sol. La rutina habitual de los controles de seguridad de los aeropuertos. El chaval parpadeó nerviosamente. Ojos azules bajo unas cejas fruncidas de preocupación. Una mueca que algún día le provocaría arrugas.

En la comisaría se oyó un ruido, como un chasquido, como un disparo, como la detonación de una pistola pero con silenciador, o quizá llegara de fuera. El chico dio un brinco. Estaba claro que había sido un disparo.

—¿Vas colocado, chaval? —le dijo el detective.

El chaval puso una cara como si acabara de ver a quien no quería ver desnudo y en bicicleta desde detrás. La voz se le despeñó por un barranco, pasó de chillona a todo lo contrario, y dijo:

—¿Pueden devolverme mi cartera?

—Lo primero es lo primero —dijo el detective—. ¿Estás aquí por los asesinatos que se van a cometer?

—¿Ya están enterados? —dijo el chaval.

El detective le preguntó al chaval a quién más se lo había contado.

Y aquel útil miembro de la sociedad, aquel chaval, dijo:

—Solo a mis padres.

El detective le devolvió al chaval su cartera, las llaves, las gafas de sol y el teléfono, y le preguntó si podía llamar o mandar un mensaje de texto a sus padres para que acudieran a la comisaría, ya mismo.

El detective sonrió.

—Si tienes un momento, puedo contestar a todas las preguntas que tengas. —Señaló con la cabeza la cámara que había en el techo—. Pero aquí no.

El detective llevó a aquel chaval, al nuevo héroe de América, por un pasillo de cemento, por una escalera de incendios y a través de un par de puertas metálicas con letreros que decían: SOLO PERSONAL AUTORIZADO. Llevó al chico hasta otra puerta metálica. Metió la llave en la cerradura. Y la abrió de par en par.

Con un mensaje de texto, los padres del chaval le contestaron que estaban de camino para ayudarlo. Le escribieron que no tuviera miedo. Al otro lado de la puerta metálica estaba oscuro y olía mal. Apestaba a retrete embozado. El chaval siguió al detective. Sus padres le escribieron que estaban en el vestíbulo.

Y ahora viene lo mejor. El detective encendió las luces. El chivato, el soplón, vio un montón de ropa ensangrentada en medio de la sala. Luego vio las manos que asomaban de las mangas. No había más que ropa y zapatos y manos porque alguien había desfigurado las cabezas y las caras. Una voz procedente de otra sala, amortiguada por la distancia, dijo:

—El único rasgo que nos mantiene unidos es nuestro deseo de estar unidos...

Y entonces nuestro monaguillo se giró hacia el detective en busca de ayuda y no vio nada más que el cañón de la

pistola apuntándole a quemarropa a la cara.

En cuanto el servicio de búsqueda se ha asegurado de que no hay tuberías ni cables eléctricos soterrados, Rufus da la orden de empezar a excavar. La gente de Alquileres Spencer's le lleva la retroexcavadora, la que tiene la pala más grande.

La excavación ya está a medias cuando llega caminando tranquilamente por los campos de entrenamiento alguien demasiado mayor para ser estudiante. Un profesor. Un fisgón con pantalones de algodón de estampado *hippy* y cordón en la cintura. Con la inscripción «100 % feminista» estampada en la sudadera. Con algo enrollado y metido debajo del brazo. La típica barba gris y las típicas gafas. Cuando está lo bastante cerca para que lo oigan gritar, Barbagris alza el brazo para saludar. Y grita:

—¡Se ha levantado buen día!

Sí, y con coleta. Paseándose por el campo de fútbol. Calvo salvo por la coleta que le cuelga hasta media espalda. Y un pendiente centelleando bajo el sol. Un pendiente de diamante deslumbrante.

Las instrucciones especifican que hay que excavar un rectángulo de cien metros por diez. Cuatro metros de profundidad, con el fondo aplanado y cubierto de una capa de arcilla impermeable. Y encima de esa capa, una barrera compacta de láminas de polietileno para frenar las posibles filtraciones al nivel freático. La excavación está a una distancia mínima de ciento cincuenta metros de cualquier pozo de agua potable o curso fluvial abierto. Son las mismas especificaciones que están usando por todo el país, las mismas que valen cuando se construye una balsa de sedimentación junto a una fábrica, pero sin la capa endurecida de arcilla comprimida que requeriría normalmente la Agencia de Protección Medioambiental.



¿Qué lleva Barbagris enrollado debajo del brazo? Una colchoneta de yoga.

—¿Qué obras están realizando aquí, caballeros? —Un profesor universitario se aventura entre el proletariado.

—Mejoras del campus —dice Rufus. Quién sabe cómo consigue decirlo sin reírse, pero luego añade—: Un aparcamiento subterráneo de larga duración para el profesorado.

A Naylor se le escapa la risa, pero se pone el puño delante de la boca y finge que está tosiendo. Ostermann lo fulmina con la mirada.

—Llamadme Brolly, doctor Brolly —dice el profesor.

Tiende una mano para un apretón, pero nadie lo acepta, al menos de entrada. Naylor mira a Weise. Rufus levanta la tablilla sujetapapeles y hojea el grueso fajo de páginas que lleva en ella. La mano del profesor se queda extendida hasta que Ostermann se la estrecha.

Rufus hojea sus papeles.

—Brolly... Brolly... —Repasa una lista con el dedo y por fin dice—: ¿Imparte usted una clase titulada «El arrogante legado del privilegiado imperialismo cultural eurocolonial»?

El profesor señala con la cabeza la tablilla sujetapapeles y dice:

—¿Le puedo preguntar qué está usted consultando?

Sin vacilar ni un instante, Rufus le replica:

—El estudio de impacto medioambiental.

Naylor y Weise sueltan una risotada. Vaya par de imbéciles. Se giran de espaldas a todo el mundo hasta que consiguen recobrar un autocontrol profesional. Pero siguen con las risitas hasta que Ostermann les suelta:

—¡No seáis gilipollas!

Detrás de su barba, el profesor tiene la cara roja. Se pasa la colchoneta de yoga de debajo de un brazo a debajo del otro y dice:

—Solo lo pregunto porque soy miembro del Comité Contra las Heridas a la Tierra de la universidad.

Rufus consulta sus listas y dice:

—Vicepresidente, pone aquí.

Naylor se excusa para ir a informar al operador de la retroexcavadora de que hace falta construir una rampa en el lado oeste de la excavación porque es el lado por el que los volquetes tienen que llenarla. Nadie quiere que el peso provoque un hundimiento. Weise se apoya en la pala, le hace una señal con la cabeza al profesor para llamar su atención y le dice:

—Bonita sudadera.

Con el brazo levantado y la manga remangada para enseñar el reloj de pulsera, el profesor consulta teatralmente la hora.

—Sigo queriendo saber qué están haciendo ustedes — dice.

Con la nariz todavía metida en sus papeles, Rufus dice:

—¿Sigue teniendo usted la oficina en el edificio Prince Lucien Campbell? ¿En la sexta planta?

El profesor parece alarmarse.

—¿Eso es un diamante de verdad? —dice Weise. Insertado en la oreja izquierda del profe, perfecto.

La hierba del campo de fútbol llega al borde mismo de la excavación. Por debajo se ve un pequeño margen de la capa superior marrón negruzco del suelo. Más abajo una franja así de grande de suelo profundo, y todavía más abajo la historia primitiva, el estrato de los dinosaurios. El campanario que hay junto al edificio de Administración empieza a dar las cuatro en punto.

El profe se apoya en una rodilla al borde mismo del hoyo. Nada más que tierra desnuda, con una profundidad mayor que la de una piscina. Mayor que la de un sótano. Tierra y gusanos. Los abruptos costados del hoyo estriados por los dientes de la pala excavadora. Pequeños terrones que se desprenden y ruedan hasta el fondo.

De rodillas allí, el profesor se asoma al fondo. Contemplando algo que no entiende, podría parecer en busca de fósiles. Más tonto que un puerco de camino al matadero,

sin reconocer lo obvio, intentando identificar algún vestigio perdido de una civilización desaparecida. En cualquier caso, está echando un buen vistazo a toda esa negrura que se ha pasado la vida entera fingiendo que no existía.

Tiene los cereales del desayuno pegados a la piel como si fueran costras con sabor a fruta. Se desprende uno de sabor rojo y se lo come. El copo le deja un ectoplasma en el brazo, como un tatuaje minúsculo, redondo y rojo. Como si se estuviera convirtiendo en un leopardo de todos los colores del arcoíris.

Esa mañana Nick se despierta en la cama con la espalda cubierta de cereales Froot Loops. Manchitas circulares multicolores, como caramelos Chimos impresos en las sábanas. Recoge su teléfono del suelo para intentar reconstruir la noche anterior.

«Se recompensará cualquier información», lee en la pantalla. Un mensaje de texto que le llegó unos minutos antes de la medianoche. Intenta devolver el mensaje, pero es un número bloqueado.

Todavía no ha salido de la cama cuando le suena el teléfono. El identificador de llamada dice: «Número privado». Nick arrastra el pulgar por la pantalla y dice:

—Dime.

—¿Nicolas? —dice una voz.

Una voz masculina, pero no la de Walter. Tampoco la de su padre. Rasposa y jadeante, pero voz de persona culta. Nick no conoce a nadie que lo llame Nicolas.

Miente:

—No, soy un amigo de Nick. —Necesita orinar. Le dice al teléfono—: Nick ha salido.

El tipo del teléfono dice:

—Permíteme que me presente. —Jadeando—: Me llamo Talbott Reynolds. ¿Por casualidad no conocerás el para-

dero de la señorita Shasta Sánchez? —Resollando—: Esa criatura completamente cautivadora y encantadora.

Nick vuelve a mentir:

—No puedo ayudarle.

—¿Conoces a la encantadora señorita Sánchez? —dice el del teléfono.

—Pues no —dice Nick.

—¿Has estado recientemente en contacto con la policía o con un hombre llamado Walter Baines? —pregunta el tal Talbott.

Nick empieza a entender lo que está pasando. Walter. El puñetero inútil de Walt. Pringado de los cojones. Cada sobredosis o cada coche estrellado termina igual, no falla. La vez que Walter fumó sales de baño e intentó comerse su propia mano fue Nick quien tuvo que llevarlo a urgencias. O peor, cuando intentó tirarse a aquella satanista que estaba tan buena. Sin molestarse en ocultar la rabia de su tono, Nick dice:

—Nunca he oído hablar de él.

La voz del teléfono tiene un poco de eco. Como si estuviera llamando desde un hoyo, el tal Talbott dice:

—Te aseguro que soy un individuo sumamente adinerado y que te pagaría muy bien por cualquier ayuda que pudieras ofrecerme.

Nick palpa con los dedos entre las sábanas hasta encontrar algo redondo. Un Flexeril de diez miligramos, a juzgar por el tamaño. De forma puramente refleja se lo mete en la boca sin mirarlo y lo mastica sin agua. Si esa llamada telefónica es un asunto de drogas, a Nick le preocupa verse implicado. En su cabeza, los acontecimientos de la noche anterior siguen envueltos en niebla. Lleva demasiado tiempo al aparato, suficiente para que alguien triangule la señal de su teléfono. Lo bastante para que alguien se ponga a llamar a su puerta. Así que dice:

—Si quiere, le puedo pasar un mensaje a Nick.

—Dile —dice la voz del tal Talbott— que no acuda a la policía. —Titubea solo un instante y añade—: Asegúrale que todo quedará resuelto en cuestión de días.

Sintiendo ya que se le distienden y se le relajan los músculos, Nick dice:

—¿En qué se ha metido Shasta esta vez?

Ahora el adinerado vejestorio, Talbott, le pregunta:

—¿Puedes decirme cómo te llamas?

Pero Nick cuelga el teléfono. Se levanta de la cama y entorna los ojos para ver a través de las cortinas del dormitorio. No hay nadie delante de su puerta, al menos todavía. Se despega de un brazo un cereal de sabor verde y lo mastica, pensativo. Antes de hacer nada más, arrastra el pulgar por la pantalla para desactivar el GPS de su teléfono. Y como medida adicional de seguridad, abre la tapa de atrás y saca la batería.

Se han puesto varias hileras de sillas plegables, pero aun así hay gente de pie a los lados y al fondo de la sala. Están en esa tienda enorme de artículos deportivos, la que tiene una cascada y un arroyo con truchas para practicar la pesca interior con mosca; lo que pasa es que ya no están en horario comercial, o sea, que ahora la cascada está apagada y el arroyo no son más que unas cuantas piscinas vacías de fibra de vidrio con las truchas guardadas en unos tanques fuera de la vista. Como si la Madre Naturaleza se hubiera ido a su casa a pasar la noche; no hay ni hilo musical de pajaritos ni grabaciones de mugidos de wapitíes macho.

Bing y Esteban observan a los asistentes, básicamente una horda de maromos blancos. Con unos cuantos de piel oscura. Un ejército de lobos esteparios. En la otra punta del público está el gilipollas ese del gimnasio. Colton No Sé Cuántos, sentado con su parienta, Peggy o Polly. Dirigiéndose al público un tipo dice:

—Que levante la mano el que sepa por qué la gente recorta las orejas a los perros.

Antes de que nadie pueda contestar o levantar la mano, el tipo se pone a contar superacelerado que los pastores de tiempos remotos les cortaban las orejas a los cachorros. Para evitar infecciones. Para impedir que los lobos se las agarraran con los dientes durante las peleas. Los pastores usaban las mismas cizallas con las que esquilaban a las ovejas. Luego cogían los trozos de oreja cortados, los asaban y se los daban a comer a los mismos perros para volverlos más feroces, no es broma.

El tipo de la tienda de deportes le pregunta al público:

—¿Quién conoce la legislación de la antigua Asiria? — Nadie recoge el guante. Caminando hacia delante, dice—: El código babilonio de Hammurabi castigaba a quienes violaban la ley cortándoles las orejas... —Y para ganarse más puntos, sigue contando que el rey Enrique VIII castigaba a los vagabundos del siglo XVI cortándoles las orejas. Ah, y también la ley americana siguió permitiendo que al culpable de sedición u ofensas morales se le cortaran las orejas hasta 1839. Para subrayar su idea, dice—: No deberíamos sorprendernos a ninguno que desde el principio de los conflictos bélicos los mercenarios hayan hecho acopio de las orejas de sus oponentes para intercambiarlas por su paga.

Bing levanta la mano.

—Suenan bastante sangriento.

El tipo de la tienda de deportes niega con la cabeza.

—No lo es... —dice, levantando el índice para hacer esperar a su público— si tu oponente está muerto.

La ventaja principal de arrancar cabelleras, sigue explicando, es que pesan poco. Son fáciles de desprender y de transportar. La desventaja es que son engorrosas. Lo mismo pasa con los corazones. Arrancar un corazón es un proceso lento. Las orejas, por otro lado, son ideales. La oreja izquierda, más concretamente.

Las orejas se pueden transportar en grandes cantidades. Son fáciles de esconder. Un centenar de orejas cabe sin problemas en una bolsa de la compra. Eso equivale a trescientos mil votos potenciales, es prácticamente como tener tu propio partido político.

El tipo de la tienda de deportes le enseña el perfil a todos los presentes y dice:

—Agarrádmela.

Se refiere a su oreja. Esteban mira alrededor. Nadie se presta voluntario, así que se acerca al tipo y le coge la oreja. Tiene un tacto caliente y elástico.

—Dale un buen tirón —dice el tipo.

Y vuelve a machacarles las reglas: solo cuenta la oreja izquierda. La *izquierda*. Solo las orejas de la lista. Se harán pruebas de ADN al azar, y como se descubra que alguien ha mandado una oreja que no está en la lista, se le aplicará la pena de muerte. No se pueden intercambiar ni vender orejas, y la persona que cosecha la oreja es la única que puede mandarla para ganar crédito de votos.

El tipo de la tienda de deportes sigue hablando sobre tereo. Sobre el hecho de que las orejas son los radiadores del cuerpo.

Y Esteban allí plantado, agarrándole la oreja al tipo como si fuera un fajo de billetes.

Además, explica el tipo, las orejas se conservan bien.

—Aunque le pegues un tiro en la cabeza a la persona, la oreja... quizá tengas que buscarla un poco, pero la oreja quedará intacta. —Y le dice a Esteban, que todavía le está cogiendo la oreja—: Puedes volver a sentarte.

De acuerdo con las explicaciones del tipo de la tienda de deportes, la mayor parte de la oreja exterior, el pabellón, se compone de cartílago de tipo elástico. A eso se le suma el pericondrio exterior, que aporta sangre y linfa. Tan fácil de rajar como un neumático.

El mejor método, prosigue, es cortar hacia abajo desde la juntura de la hélice hasta el lóbulo.